



MINISTERIO
DE POLÍTICA
TERRITORIAL

Gabinete
de Prensa

***CONFERENCIA DEL VICEPRESIDENTE TERCERO
DEL GOBIERNO Y MINISTRO DE POLÍTICA
TERRITORIAL EN EL CLUB “CAMARA 500”***

Sevilla, septiembre de 2010

Creo conocer bien esta ciudad de Sevilla, tan difícil en algunos aspectos, tan entrañable siempre, tan rica de matices y tan poderosa permanentemente en su capacidad de recrearse y abrirse paso en cada nuevo tiempo. Una ciudad que es no solo la capital de Andalucía, sino una de las grandes ciudades de Europa y del mundo.

Pues bien, desde ese conocimiento, permítanme que les diga que yo estoy convencido de que, en las últimas décadas, ha habido dos personas que, desde sus responsabilidades institucionales, han resultado decisivas en la transformación de Sevilla y su inserción en la plena modernidad contemporánea.

Una de ellas, sin duda, fue Felipe González, con su apuesta por la ciudad como sede de la EXPO 92, y lo que ello supuso de cambio estructural, no sólo en cuanto a las infraestructuras y equipamientos, sino también en apertura al exterior, a nuevas ideas y a nuevos aires.

Y la otra persona, cada día lo tengo más claro, ha sido Alfredo Sánchez Monteseirín, el Alcalde que más tiempo ha permanecido en el cargo en época democrática y cuya labor será recordada en el futuro como la más importante en todos estos años.

Quizás necesitemos un poco de distancia para apreciar ese trabajo en toda su dimensión, pero de lo que no tengo dudas es de que Alfredo Sánchez Monteseirín ha liderado con gran perseverancia un proyecto de renovación e integración urbana de extraordinarias proporciones. Basta repasar, con un mínimo de objetividad, el catálogo de proyectos realizados o en realización para corroborar esta afirmación.

Alfredo ha sido un Alcalde valiente y comprometido. Quizás no todos compartan estas opiniones. El tiempo, como siempre, lo dirá, y dará o quitará razones. Pero de lo que estoy seguro es de que él se ha atrevido a hacer lo que todos, incluso muchos de sus críticos, sabían que era lo que había que hacer y lo ha llevado a cabo arrojando críticas y asumiendo responsabilidades. Dando la cara siempre.

Gracias a ese trabajo, Sevilla es hoy una ciudad no sólo más moderna, sino más cohesionada social y territorialmente, más preparada para afrontar los retos del porvenir y que, al mismo tiempo, sigue siendo la ciudad amable y reconocible que tanto fascina a todos.

Muchas gracias, asimismo, por las palabras de Antonio Pulido, presidente de CAJASOL, patrocinadora de este evento, que viene a confirmar, una vez más, la insustituible labor social de las Cajas de Ahorro. Ahora que estamos culminando un importante proceso de reestructuración y reforma del sector, es una buena ocasión para seguir insistiendo en la necesidad de continuar avanzando en el fortalecimiento del sistema financiero andaluz.

Y gracias también, cómo no, a los organizadores de esta Conferencia, a la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Sevilla, que me da la oportunidad de expresar mis puntos de vista, inaugurando un curso que será, sin duda, decisivo.

Siempre he pensado que tan negativo es no advertir las sombras como no saber ver las luces de nuestra realidad y, en este sentido, este curso que hemos abierto esta semana tiene mucho de encrucijada, puesto que siguen subsistiendo incertidumbres, pero son al mismo tiempo evidentes las señales de una recuperación, por más que éstas sean incipientes y aún insuficientes.

La semana pasada se cumplieron dos años desde que, el 15 de septiembre de 2008, los mercados, los ciudadanos, los gobiernos y las instituciones internacionales asistían atónitos y perplejos a la caída de Lehman Brothers y el mundo se asomaba al abismo del colapso del sistema financiero.

Siempre es bueno recordar las cifras y éstas, desde luego, nos ilustran sobre la magnitud de la catástrofe. Según el Banco Central Europeo, la crisis financiera que arrancó entonces ha supuesto unas pérdidas en el mercado bancario que ascienden a 731.000 millones de dólares en Estados Unidos y a 214.000 millones de euros en la eurozona. Se inyectó capital por valor de 519.000 millones de dólares en Estados Unidos y de 230.000 millones de euros en Europa.

Es cierto que, dos años después de la mayor quiebra de la historia, hemos superado, sin duda, lo peor de la crisis, pero no es menos cierto que el mundo sigue lleno de incertidumbres, secuelas de la mayor recesión desde los años 20 y 30 del siglo pasado y a la que todos los países nos hemos tenido que enfrentar con medidas de diverso tipo.

En todo caso, lo ocurrido en estos dos años nos deja una enseñanza bien clara e indudablemente positiva: en contra de lo que podía haberse temido, de la crisis no ha salido una reacción proteccionista, de cierre y de repliegue, sino que ha forzado una reacción de cooperación y eso, pensando en el futuro de este mundo globalizado, es muy importante.

En efecto, la crisis nos ha demostrado que, o hay una respuesta de gran cooperación internacional, o no hay respuesta. Hablando en términos generales, en una crisis como ésta, en un contexto de globalización de la economía y las finanzas y de mundialización de los mercados, no hay soluciones nacionales para salir de esta situación.

Al contrario, la crisis la vamos a salvar gracias a la respuesta coordinada de las naciones y los organismos internacionales, gracias al G-20, gracias a la acción concertada de los bancos centrales, gracias a la actuación del FMI.

Es verdad que nos podemos hacer la pregunta, o la reflexión, de si esa coordinación podía haber sido más intensa. Es posible, pero lo que es seguro es que, sin esa respuesta, muy probablemente estaríamos todavía hoy en una gran recesión mundial.

Por tanto, mirando hacia delante, y a nivel global, la cuestión es cómo mejorar los mecanismos de cooperación. El gran debate siguiente es: ¿qué vamos a hacer con el G-20? ¿Vamos a ir a un proceso constituyente del G-20? ¿Con más capacidad? ¿Vamos a reformar el FMI?

Todas estas son preguntas que requieren respuestas concertadas y eficaces. Esto desde el punto de vista internacional, global; pero lo que ha aparecido claro, especialmente en determinados momentos críticos de estos dos años es la necesidad que tiene cada área regional de constituir gobiernos económicos. Desde luego, Europa, que cuenta con una moneda común. Más países van a tener esa moneda y hemos comprobado por nosotros mismos que la cooperación y un gobierno económico compartido son fundamentales. Por ejemplo, para afrontar la crisis de la deuda de hace apenas unos meses fue fundamental la creación de un mecanismo de intervención europeo con un fondo común de 750.000 millones de euros.

En realidad, como señala el informe del grupo de sabios presidido por Felipe González sobre el futuro de Europa, "la crisis aparece como un parteaguas en la historia de una nueva realidad mundial que se viene configurando desde hace dos décadas"

Los últimos veinte años lo han cambiado absolutamente todo: nuestro modo de trabajar; de consumir; de viajar; de relacionarnos entre nosotros; lo que nos identifica, los problemas que nos atemorizan, todo se ha transformado y, ante esta realidad, Europa ha de actuar con energía y con decisión, porque, aunque estemos ante una problemática de dimensión global, lo cierto es que la crisis ha puesto de relieve los problemas estructurales que venían detectándose desde hacía tiempo en la Unión Europea y que, de no enfrentarse ya, tendrán graves consecuencias en el futuro.

En primer lugar, Europa necesita superar la contradicción de contar con una moneda única y, sin embargo, que cada país pueda tener una política económica diferente. Es necesaria una auténtica Unión Económica que vaya más allá de la monetaria. Superar esa contradicción requiere de nuevos mecanismos de gobernanza económica.

Y, en segundo lugar, Europa debe abordar a fondo las reformas estructurales necesarias y pendientes desde la Estrategia de Lisboa.

Reformas en campos diversos como el económico, el financiero, el tecnológico, el del capital humano, el energético o el medioambiental para conseguir una economía altamente competitiva en el escenario global y frente a las llamadas economías emergentes.

Esto es, y en eso están de acuerdo todos los gobiernos europeos, ligar las respuestas anticrisis con las reformas de futuro que necesitamos.

Es en este contexto en el que hay que entender la actuación y las medidas puestas en marcha por el Gobierno de España, un Gobierno que ha tenido a la lucha contra la crisis como el eje fundamental de toda su acción de Gobierno. Un Gobierno que ha hecho lo que había que hacer y que lo va a seguir haciendo, asumiendo sus responsabilidades con todo rigor.

Y, si en los momentos primeros de la crisis, al igual que hicieron los demás países europeos, tomamos medidas de salvaguarda de nuestro financiero y de estímulo a la economía, ahora es el momento de la consolidación fiscal y de culminar un amplio y profundo paquete de reformas a las que después me referiré.

Hemos aprobado y puesto en marcha un Plan de Ajuste con el objetivo, compartido por toda la eurozona, de reducir el déficit público hasta el 3% en 2013, un objetivo ambicioso y que requiere un gran esfuerzo por parte de toda la sociedad española.

Esfuerzo y sacrificio porque algunas de las medidas que hemos tomado desde el Gobierno son, sin duda, duras, difíciles de tomar para cualquier gobierno, pero eran medidas necesarias e inevitables si queríamos encarar un proceso de recuperación que nos saque cuanto antes de la crisis y que permita hacer frente al mayor desafío que tenemos: crear empleo y empezar a reducir las altas tasas de paro a las que hemos llegado. La sociedad española debe ser consciente de que los esfuerzos de hoy sirven para mantener la prosperidad del mañana.

Han sido medidas dolorosas pero que están ya empezando a ofrecer resultados y hoy nadie puede tener dudas de que estamos saliendo de la crisis, aunque sea trabajosamente. Podremos tener un crecimiento más o menos lento el próximo año, pero crecemos y creceremos de una forma sostenida. Estamos saliendo de la crisis porque hemos sabido disipar los rumores y hemos podido vencer los ataques especulativos de esta primavera pasada. Y hoy nuestras finanzas, públicas y privadas, tienen una gran credibilidad.

Porque vendemos más al exterior y nuestras exportaciones han crecido un 16% en la primera mitad del año. Porque nuestra industria ha aumentado un 10% su facturación en el último año. Porque empieza a remontar el turismo. Porque España es, junto a Alemania, el país europeo en el que más ha crecido la confianza de los consumidores. Y empieza a remontar, aunque sea levemente, la de los empresarios, según se ha publicado esta misma semana.

Y porque hemos rebajado a la mitad el déficit público en el primer semestre. Y lo vamos a seguir haciendo, porque bajar el déficit hasta el 3% es nuestro compromiso no sólo con nuestros socios europeos, sino con el futuro de España y de su economía.

En consecuencia, y desde luego no vamos a echar las campanas al vuelo porque sin duda vamos a seguir atravesando momentos difíciles y porque el paro sigue estando en niveles muy altos, lo cierto es que todas las actuaciones puestas en marcha, el Plan de Ajuste, la reforma del mercado de trabajo, la Ley de Cajas, las pruebas de estrés bancario... han sido elementos clave para recuperar la confianza y la certidumbre en la economía española, y poner las bases sobre las que se puede ir asentando la recuperación.

En esa senda de recuperación, los presupuestos del Estado para el próximo 2011 cobran una importancia capital. Los Presupuestos Generales del Estado para el año próximo son algo más que una mera cuantificación de las políticas de inversión y gasto; son la piedra de toque para mantener la confianza de los mercados y organismos internacionales en nuestra economía.

Por eso, se equivocan los que piensan en estos presupuestos como unos presupuestos de partido. Son unos presupuestos, más que nunca, de Estado.

Si no se llegaran a aprobar, se dañaría gravemente la credibilidad de nuestro país y la recuperación de la economía española. Y si se aprueban, como así esperamos que sea, avanzaremos con más potencia por el camino deseado, y enviaremos a todo el mundo una señal de confianza y fortaleza, como siempre hemos hecho los españoles en los momentos más decisivos de nuestra historia reciente.

Por eso es más necesario que nunca el acuerdo y por eso estamos trabajando para alcanzarlo. Por el bien del país. Porque nos jugamos, no el futuro de un gobierno, nos jugamos la recuperación económica y la confianza en nuestro país.

Algunos no parecen entender algo tan evidente, algo que ven con toda claridad los operadores económicos, los expertos de todo tipo o los organismos internacionales.

O, quizás, sí lo ven pero no les importa o no se sienten concernidos, una actitud que revela cómo se entiende el amor al país, el patriotismo del que tanto hacen gala en sus declaraciones pero que tan escasamente se desprende de sus actuaciones.

El Gobierno de España entiende que éste no es momento para la especulación, tampoco para la retórica. Es el momento de la implicación, de arrimar el hombro y de asumir compromisos.

Por eso el Gobierno tiene claro cuál es su responsabilidad: sacar adelante los presupuestos, porque lo que está en juego no es sólo la estabilidad política de un gobierno, sino la recuperación económica de la que depende el bienestar y la seguridad de millones de españoles.

Y, por eso, para conseguirlo, estamos dialogando con otros grupos políticos, incluido, por supuesto, el PNV, como, por cierto, siempre se ha hecho. Y extraña mucho la posición de aquellos que ahora critican acuerdos que ellos practicaron sistemáticamente.

Los que sacaron adelante, en su época de mayoría relativa, todos sus Presupuestos con el apoyo de los votos nacionalistas o los que llegaron a utilizar la vía del 150.2 de la Constitución para ceder competencias del Estado a cambio de esos votos nacionalistas.

Con esos antecedentes, permítanme que les confiese que no les concedo la más mínima autoridad para criticar el diálogo que ha abierto el Gobierno para procurar apoyos al Presupuesto, que es tanto como decir para cumplir con su obligación ante el país.

La aprobación del Presupuesto es el primer gran reto que tenemos, pero como segundo gran reto vamos a continuar con la agenda de reformas que estamos poniendo en práctica desde el Gobierno y entre las que podríamos destacar la reforma del sistema financiero, la del sector servicios, la estrategia de innovación y el Plan Integral de Política Industrial, la reforma del sector energético o la Estrategia de economía sostenible.

También, claro está, la reforma laboral ya aprobada definitivamente por el Congreso. Una reforma que era necesaria, que había que hacer, no porque nos la pidieran los mercados, sino porque nos la demandaba nuestro propio sistema laboral. Porque el modelo que teníamos ya no nos servía. Porque en España, cada vez que hay una crisis importante, nos ponemos en el 20% de paro.

Y eso no puede ser. No puede ser que, en esta crisis, Alemania y España hayan perdido prácticamente las mismas horas de trabajo y, sin embargo, en España se han perdido muchas más empleos. Y no es de recibo, tampoco, que tengamos una dualidad tan exagerada entre los que tienen un puesto fijo y los que tienen contratos temporales.

Estoy convencido de que esta reforma va a servir para dinamizar el mercado de trabajo, para crear un empleo más estable y, por tanto, de más calidad.

En consecuencia, la reforma va a aportar soluciones a los principales problemas que hoy tiene nuestro mercado laboral, que son el paro y la dualidad entre contratos estables y contratos temporales, al mismo tiempo que supondrá un aumento de la productividad de nuestras empresas. Creo que se trata de objetivos que todos podemos compartir.

Y vamos a empeñarnos a fondo también en la reforma en profundidad de las políticas activas de empleo, para hacer que todo lo que invertimos en ellas se haga de la forma más eficaz. Y lo haremos buscando el acuerdo con empresarios y sindicatos, porque el compromiso del Gobierno es recuperar el diálogo con los sindicatos inmediatamente después del día 29 de septiembre.

Para nosotros, los sindicatos, así como los empresarios, son interlocutores de primer orden, son agentes básicos y fundamentales de nuestra economía y de nuestro orden social y hay muchos temas sobre los que podemos y debemos seguir dialogando y llegando a acuerdos. Nosotros no vamos a apuntarnos al thatcherismo tardío y trasnochado de algunos, o algunas.

Para este Gobierno, las políticas sociales forman parte de su propia identidad y, de hecho, este Gobierno es el que ha realizado el mayor esfuerzo de protección social de nuestra historia. Ésa es la realidad, con crisis, y sin crisis. En 2004 en España se destinaban 114.000 millones de euros al gasto social, un 14% del PIB. En 2010 se están destinando 180.000 millones, un 17 % del PIB. Es decir, en 6 años se ha aumentado un 58%.

Un esfuerzo gigantesco de toda la sociedad que algunos despachan con la etiqueta de gasto consuntivo o de gasto improductivo.

No estoy ni estaré nunca de acuerdo con calificar de improductivo el gasto en becas, en sanidad, en ayudas a nuestros dependientes, en acceso a la vivienda o en protección al desempleo. ¿Cómo se puede considerar improductivo que los ciudadanos puedan vivir con un mínimo de dignidad?

Otra cosa bien distinta es que todos, también el Gobierno, debamos esforzarnos en tomar las medidas necesarias para preservar el Estado del Bienestar, para lo que necesitamos las reformas que lo aseguren y también avanzar hacia una economía que cree más valor y que, en consecuencia, pueda financiarlo.

Reformas para preservar el Estado del Bienestar entre las que hay que hablar, claro está, de la reforma de las pensiones, que pretende dar respuesta, ni más ni menos, al desafío del envejecimiento de la población.

Si vivimos más tiempo, cobramos más tiempo la pensión, necesitamos más servicios, y en consecuencia no podemos pensar que sin variar nada se puede garantizar el estado del bienestar.

Creo que no hay nadie que, con un mínimo de honestidad, pueda poner en cuestión el compromiso de los gobiernos socialistas con las pensiones.

Compromiso antes y compromiso ahora, de lo que da fe, por señalar un dato, que las pensiones mínimas han ganado quince puntos de poder adquisitivo desde que gobierna José Luis Rodríguez Zapatero. Pero tenemos que pensar, y actuar, con un poco de perspectiva.

En 1985 tuvimos esa visión estratégica. Nos costó algún disgusto pero lo importante es que dio un buen resultado, y gracias a ello contamos con un sistema de Seguridad Social sólido, que ha garantizado el crecimiento de las pensiones, y que nos ha permitido, por ejemplo, hacer ese gran esfuerzo en las pensiones mínimas al que acabo de referirme.

Tenemos un importante fondo de reserva de la Seguridad Social y hoy podemos decir que tenemos tranquilidad para los próximos diez o quince años. Pero, ¿no es imprescindible desde el punto de vista de la responsabilidad política, si sabemos que afortunadamente cada día nuestros compatriotas viven más años y están muchos más años con una pensión, afrontar la sostenibilidad financiera de nuestro sistema? Pues sí, es absolutamente imprescindible, es lo responsable y es absolutamente decisivo.

Y la propuesta que llevaremos al Pacto de Toledo la haremos pensando dentro de 15 años para que las personas que se vayan a jubilar en ese momento, y después, puedan tener garantizada su pensión y también su poder adquisitivo.

Y queremos hacerlo en el contexto del Pacto de Toledo, con el diálogo entre todos pero lo haremos mirando al futuro, con pleno sentido de la responsabilidad, porque sería irresponsable que, si sabemos cuáles son las cifras, si sabemos cuántas personas se van a jubilar dentro de quince años, y sabemos cuánto nos va a costar eso, no tomáramos las medidas hoy para que mañana podamos seguir teniendo un sistema de seguridad social que cumpla plenamente sus objetivos.

Así pues, vamos a continuar con nuestra agenda de reformas, porque España las necesita y porque no hay que olvidar que todas las grandes reformas que se han hecho en este país llevan el sello del Partido Socialista.

Las grandes reformas de la educación, en la sanidad, en las pensiones, en la Universidad, en los derechos de las mujeres, han sido promovidas por gobiernos socialistas. Nos ha tocado en otros momentos impulsar esos cambios y nos toca hacerlo ahora. Y tengan la seguridad de los haremos con toda determinación.

Señoras y señores, toda esta vasta labor de ajuste y de reformas requiere, ineludiblemente, de los máximos apoyos y, necesariamente, del concurso las administraciones territoriales.

España es un país complejo, en el que la “cuestión territorial” fue durante demasiado tiempo un elemento permanente de insatisfacción social y confrontación política.

Hemos encontrado o, más bien, hemos construido entre todos los españoles, a partir de la Constitución, un determinado modelo, el Estado de las Autonomías, que nos ha permitido articular nuestra convivencia y que ha supuesto una muy importante contribución al progreso económico, al avance social y a la cohesión de nuestro país.

Lo ha supuesto y lo sigue suponiendo porque el Estado de las Autonomías continúa siendo un activo importante para España y, en ese sentido, creo que no son aceptables determinados posicionamientos que, desde posiciones aparentemente muy divergentes, terminan poniendo en cuestión la propia subsistencia de ese modelo de Estado.

En efecto, algunos nacionalistas proclaman la necesidad de superar el Estado Autonómico y otros, desde el otro extremo, vienen a coincidir con ese planteamiento. Desde el Gobierno no compartimos en absoluto esas posiciones y yo haría un llamamiento a todos lo que se reclaman defensores del Estado Constitucional a no perderse en unos vericuetos que pueden terminar poniendo en solfa precisamente uno de los grandes logros de esta etapa democrática, el Estado de las Autonomías.

Todo lo cual no significa, obviamente, que no debamos trabajar todos en corregir las disfunciones que se hayan podido producir en estos años de desarrollo del Estado de las Autonomías, disfunciones, solapamientos o descoordinaciones que deben ser resueltos por la vía más eficaz, que no es otra que la de la cooperación.

Ésa es, pues, la actitud del Gobierno de la Nación: defensa de los principios conformadores del Estado de las Autonomías y, desde esos principios, búsqueda de soluciones para los problemas que puedan surgir.

A nadie se le oculta que uno de ellos es, obviamente, la necesidad de que comunidades como Cataluña puedan sentirse plena y cómodamente integradas en este modelo de Estado.

En esta cuestión, lo más importante es que la abordemos desde un ejercicio permanente de comprensión recíproca.

Es llamativo que, ahora que hay elecciones en Cataluña, algunos pidan olvidar los debates que han estado provocando durante años, debates que, en más de una ocasión, han estado trufados de un anticatalanismo ramplón que hace más por el separatismo que mil manifestaciones.

Yo mismo, en mi etapa de Presidente de la Junta de Andalucía, he podido comprobar cómo, una semana sí y la otra también, no faltaban iniciativas parlamentarias que no hacían otra cosa que alimentar ese anticatalanismo que ahora, por puras razones electoralistas, algunos quieren meter debajo de la alfombra.

Permítanme, en este contexto, que destaque el papel que, en todo este proceso de construcción autonómica, ha correspondido a Andalucía. Si hay una experiencia histórica que da fe del éxito y los resultados positivos del Estado de las Autonomías es, precisamente, la de esta Comunidad.

Andalucía ha crecido económicamente, ha avanzado socialmente, se ha modernizado y ha afianzado su autoestima como sociedad gracias a haber contado con ese poderoso instrumento que es la autonomía política.

Y gracias también a que, en todo momento, ha hecho uso de la autonomía para definir y desempeñar su papel en el Estado Autonómico, un papel propio, defensor de la igualdad y de la cohesión, sin complejos de ningún tipo, y que ha ido fortaleciendo desde el 28 de febrero de 1980.

Hoy, Andalucía es un pilar fundamental de esa concepción integradora del Estado de las Autonomías que responde fielmente al espíritu de nuestra Constitución.

En este momento importante de nuestra andadura como país, España necesita de todas sus Comunidades, y desde luego, de Andalucía, y creo que la Comunidad Autónoma y, en concreto, la Junta de Andalucía están sabiendo responder a esa exigencia histórica.

La verdad, y nos lo dice también la experiencia del período autonómico es que, de crisis anteriores, Andalucía siempre ha salido reforzada.

También es cierto, lo sabemos muy bien, que esta crisis tiene una envergadura muy superior a otras como la del 92-93 y esta circunstancia dice mucho a favor del papel especialmente activo que está jugando la Junta de Andalucía y su Presidente en este momento de extraordinaria dificultad.

Un papel ejemplar que yo quiero destacar y poner en valor por todo lo que representa de animador y catalizador de los esfuerzos de una sociedad, la andaluza que, a pesar de todas las carencias que aún pueda tener, está mucho mejor preparada que en épocas pasadas.

Necesitamos también del concurso de los Ayuntamientos y debo decir que, en medio de todas las dificultades por las que pasamos, el Gobierno ha sido sensible también con las necesidades de éstos.

Lo fuimos cuando pusimos en marcha, dentro de las medidas de estímulo de la economía, los Fondos de Inversión Local de 2009 y de 2010, que han supuesto que los Ayuntamientos españoles dispusieran de 13.000 millones de euros para inversión en los 8.000 municipios españoles: la mayor inversión de la historia en nuestros pueblos y ciudades.

Y estamos siendo sensibles también en esta ocasión, en la que a todas las administraciones públicas nos toca apretarnos el cinturón para conseguir el objetivo de déficit. Los ayuntamientos españoles dispondrán de un 9% más de ingresos del Estado al año que viene y, además, vamos a permitir que puedan pedir créditos para inversiones aquellos ayuntamientos, la gran mayoría, cuya deuda no supere el 75% de sus ingresos corrientes.

Tenemos grandes retos por delante, que se corresponden con el gran objetivo de afianzar la incipiente recuperación. Estoy convencido de esos retos y esos objetivos, son compartidos por la inmensa mayoría de los ciudadanos.

Y, por ello, más allá de que a determinados segmentos de la población puedan resultarles difíciles de entender algunas medidas del Gobierno, lo cierto es que el interés del Gobierno es que salgamos de la crisis cuanto antes y el interés de los españoles es exactamente el mismo. Es obvio que, más allá de la retórica, no todos pueden decir lo mismo.

En esa comunión de objetivos e intereses entre la gran mayoría de los ciudadanos y el Gobierno radica nuestra confianza en el futuro.

Los españoles quieren salir de la crisis cuanto antes y trabajan duro para conseguirlo, lo mismo que hace el Gobierno. Y los españoles, por encima de alguna incomprensión que puedan tener en este momento, entenderán perfectamente quién se ha esforzado por conseguirlo y quien ha estado sentado a la puerta de su casa, esperando a ver pasar el cadáver político de sus rivales, sin mover un dedo, sin hacer ni un gesto solidario con la situación del país.

Es tiempo, pues, para el liderazgo y para la confianza. Y tenemos que sacar conclusiones de nuestra propia trayectoria histórica como país.

Porque, en este momento de grandes incertidumbres, no hay más que mirar atrás para darnos cuenta del gran trabajo que los españoles hemos hecho en estos más de treinta años de democracia.

Un trabajo del que podemos sentirnos satisfechos. No siempre hemos tenido por delante un camino de rosas, pero los ciudadanos españoles y los andaluces han demostrado en todo momento su capacidad para superar obstáculos y progresar como país y como Comunidad.

Hoy tenemos que pensar de la misma manera. Estamos en el buen camino para salir de la crisis y emprender, con el esfuerzo de todos, una nueva etapa de progreso económico y de creación de empleo.